

Silvia Sánchez Rog:  
La mujer sin memoria y otros relatos (2023)

## EL ASIENTO DE AL LADO

Es verano y Ion y Esmeralda están en la estación sur de autobuses. Permanecen de pie, en los sótanos de la terminal, en una nave que recoge más de cincuenta dársenas.

Es una estación de largo recorrido y ahora está abarrotada. Todos van camino de alguna parte, la mayoría cargan con varios bultos y maletas. Ion apura un cigarrillo en el andén, junto a la dársena 18, y el humo de su cigarro se mezcla con los gases de todos los autobuses que entran y salen de la nave.

Esmeralda le entrega con cuidado el paquete que sostiene; una cajita forrada de papel cuché de colores que envuelve el regalo que les llevan a los padres de ella. Después, abre el bolso y guarda en él la camiseta blanca de manga larga que ha cogido por si acaso el aire acondicionado del coche es demasiado fuerte. Ya lo sabe de otras veces, que nunca se puede fiar del aire acondicionado de los autobuses de largo recorrido, que por mucho calor que haga en el exterior, a veces se congela dentro de estos trastos. Lo sabe por que ha viajado a menudo en este tipo de transporte, sobre todo

antes, cada vez que se iba con su anterior novio de vacaciones.

Entonces le viene a la cabeza la imagen de su ex pareja, una vez más. Pero esta vez es diferente, ahora se ha fijado en que sólo le viene a la cabeza la imagen de él cuando está con Ion. No cuando está sola. Y, mientras él apaga el cigarrillo en el suelo con la punta de sus deportivas azules, ella medita sobre este hecho sin llegar a ninguna conclusión.

El conductor se ha situado junto a la puerta del autobús y ahora coge los billetes de los pasajeros. Les hace una marca, los invalida. Cuando llega el turno de la pareja, el conductor repite la operación. Enseguida, Ion le pone la mano a Esmeralda en la cintura, animándola a que suba al coche, un gesto que la incomoda ligeramente. Después, se monta él.

Caminan en fila india buscando el número de los asientos que les corresponden.

—Me pido ventanilla —dice Esmeralda, y le sonrío generosamente.

Siempre sonrío así cuando piensa que se va a salir con la suya. Y él siempre le devuelve la misma sonrisa. No como su ex novio, su ex novio la pellizcaba el culo. Pero los hoyitos en las mejillas se les forman igual a los dos.

El conductor ya ha entrado en el coche, ella lo ve por el recoveco que separa los dos asientos de delante. Camina por el pasillo contando el número de viajeros. Después vuelve a su sitio, se sienta, enciende el motor y,

acto seguido, aparece una imagen azul en la televisión que cuelga del techo.

El autocar recula. Esmeralda mira a Ion y se dan la mano como si estuvieran en un avión y fueran a despegar. De repente siente que le quiere, que le quiere mucho, y se recuesta en su hombro.

El coche sale de la estación y se lanza a la carretera.

Recostada en el hombro de Ion, está intentando leer el título de la película que van a emitir, pero no puede porque Ion no deja de moverse y ella tiene que recolocarse en su hombro una y otra vez.

—¿Qué te pasa?

—No sé, estoy nervioso.

—¿Por qué?

—No sé. Quizá porque voy a conocer a tus padres.

—No te preocupes, son muy majos. Ya verás como te caen bien.

Su antiguo novio no le tenía ningún miedo a sus padres. Al contrario. Esmeralda debía inventar todo tipo de excusas para sacarle de la casa de ellos. Era tan familiar que una vez le propuso que cuando se casaran podrían irse a vivir con los padres de ella.

Sin embargo a Esmeralda le gusta que Ion sea tan independiente, se fue a vivir solo con veinte años y nunca le ha pedido ayuda a nadie.

—Vaya, me encanta esta película —dice Ion al cabo de un rato—. Ya la he visto pero es genial. ¿Tú la has visto?

Esmeralda mueve la cabeza.

—Juraría que no.

—Va de un tío que viaja en un barco que naufraga. Él se salva y aparece en una isla, que está desierta y...

Esmeralda no le está escuchando porque ha vuelto a pensar en su ex. Él también le descubriría a menudo la trama de las películas.

De repente siente angustia, angustia por pensar en el ex todo el tiempo, cada vez más, sólo cuando está con Ion y, así, de súbito, se separa de él. Levanta la cabeza de su hombro y la apoya del lado de la ventanilla.

—¿Estás bien? ¿No estabas cómoda?

—Sí, pero me entra tortícolis —se excusa ella.

Ion vuelve a concentrarse en la película y Esmeralda aprovecha para mirarle de reojo.

Observa su perfil meticulosamente, intentando no pensar en el otro, resaltando las cualidades que más le gustan de Ion. Él tiene la cabeza echada hacia atrás y se le marca la nuez y el perfil de los labios gruesos. Es atractivo, a Esmeralda se lo parece. Es una pena que continuamente le vengan imágenes y recuerdos del otro. En realidad, Esmeralda no quiere a su ex, incluso le inoportuna su continuo recuerdo cuando está con Ion, pero no puede evitarlo.

Empieza a sentir sueño. Aún tiene la cabeza apoyada en la ventanilla y tiembla muy suavemente al vaiven del autobús mientras sigue mirándole de refilón, ya casi con los ojos cerrados. El dulce meneo del vehículo deslizándose por la carretera le ha hecho entrar en cierto estado de letargo y, vagamente, ella calibra que, a pesar de sus reales sentimientos hacia Ion, también se siente muy confusa, como que el pasado tira de ella, como que

todas las relaciones fueran lo mismo, la misma cosa, y se aburre. Se aburre solo de pensarlo.

Se revuelve en el asiento. Después, se arrepiente de pensar así y abre los ojos un instante para mirarle. Él no tiene la culpa, el pobre es encantador, aunque a veces le huelan los pies igual que a su ex novio y aunque en la cama sean tan diferentes, o justo por eso.

La sombra de un águila que planea por debajo del sol se graba durante unos segundos en sus piernas. Ella, sorprendida, mira por la ventanilla con los ojos entornados. Enfoca su silueta sobre el cielo liso.

Se queda mirándolo mientras el pájaro se aleja hacia las montañas y, más allá, voltea el cuello en dirección a ella, y a Esmeralda le parece entonces que el águila le hace un guiño, o una mueca burlona.

Perpleja, le da la espalda y vuelve a apoyar la cabeza en el cristal, haciendo como si nada hubiera ocurrido. Cierra los ojos.

Ion toca el brazo de Esmeralda con la palma de su mano y lo nota frío. Entonces le susurra que el aire acondicionado está funcionando a toda potencia y que mejor será si se pone algo antes de quedarse dormida.

Ella le escucha y le parece tan tierno. Pero, entonces, le viene a la mente la imagen de su ex novio, en un autobús parecido a este, diciéndole que se acurruque del lado de él para abrazarla.

Asustada o incómoda, Esmeralda se espabila y endereza el cuello. Le mira con los ojos redondos, casi convencida de encontrar en el lugar de Ion a su ex.

—¿Te he despertado?

—No pasa nada, creo que tenía una pesadilla —se excusa ella.

Saca la camiseta de manga larga del bolso y se la pone. Después, mira por la ventanilla el paisaje soleado y árido. Cuando baja la cabeza, distingue en su muslo la sombra de unas letras que hay grabadas en el cristal de la ventanilla, «Salida de Emergencia». Se toca el muslo con la palma abierta y la frase pasa al reverso de su mano. Después, con el dedo índice, acaricia cada letra impresa en el cristal. Piensa en sus padres, en los días que van a pasar con ellos, en la impresión que les causará Ion. Quizá a los padres les ocurra lo mismo que a ella, que se pondrán a pensar en su antiguo novio cuando vean a Ion. En todos los chicos anteriores e incluso en los que solo fueron sus amigos. Que, continuamente, les vendrán imágenes de los otros cuando miren a Ion. No quiere hacerles pasar a sus padres por lo mismo que le está pasando a ella.

La película ha terminado, eso quiere decir que el autobús está a punto de realizar el primer alto en el camino. Por eso, Ion estira las piernas y se frota los muslos con las palmas de las manos.

—Tengo hambre —dice. Después, bosteza.

Ella no tiene apetito pero quiere ir al baño. Bajan del autobús y se ven frente a una cafetería, en medio de la nada.

Hay otros dos autobuses aparcados en la planicie que rodea el café y la gente está bajando de ellos y encendiéndose cigarrillos.

Arriba, en una punta del cielo, entre el sol y las montañas, el águila de antes planea ahora haciendo círculos, todos iguales, una y otra vez, como si se hubiera quedado enganchada en un instante de su propia existencia.

Esmeralda e Ion caminan hasta el interior de la cafetería. Los camareros, vestidos con camisa blanca, se preparan para recibir a los pasajeros. La gente pide bocadillos y bebidas. Ion se queda en la barra, esperando su turno y, cuando le traen su pedido, Esmeralda aprovecha para ir a los lavabos.

Cuando sale del baño y vuelve a la barra ve a Ion intentando quitarse una mancha de aceite de la camisa con una servilleta de papel.

—Me he manchado —le dice al verla.

—Límpiate con agua y jabón. Así, con esa servilleta, vas a extender la mancha. Yo me voy a subir al autobús. Te espero allí.

Él camina hacia el baño. Ella, hacia el autocar. Se monta en él. Sigue adormilada y no tiene ganas de despertar del todo, prefiere volver a coger el sueño en cuanto el autobús arranque. Los viajes la agotan.

De nuevo, se pone la camiseta blanca. Se hace un ovillo en el asiento del lado de la ventanilla. Piensa en Ion, en lo mono que es a veces, en que le quiere, y cierra los ojos.

Después escucha a los demás pasajeros recolocándose todos en sus butacas. Abre un ojo y ve al conductor acomodándose en su sitio. Se lo queda mirando, solo con un ojo, por el recoveco que hay entre

los dos asientos de delante. El hombre coge un micrófono y anuncia por los altavoces que este es el coche que va dirección Almería. Después explica que, hace unos días, un viajero se equivocó de autobús en esta misma parada y regresó a su ciudad. Y, por último, comunica que si alguien echa de menos a algún pasajero del autobús, que lo diga, que el coche esta a punto de arrancar.

Esmeralda escucha las palabras del conductor por los altavoces. Las oye cada vez más lejos, hasta que dejan de interesarle porque ha encontrado una postura en la que se nota tan cómoda (con las piernas dobladas y apoyadas en el asiento de al lado) que está empezando a coger el sueño con gran placidez. Se siente muy bien, cada vez mejor, tumbada a lo largo de los dos asientos.

Hasta que el autobús empieza a moverse, despacito. Toma muy suavemente la carretera y se la lleva, sumida en un profundo sueño.